

RECENSIONES Y NOTICIAS DE LIBROS

EL HOMBRE, ANIMAL POLITICO (*)

Con ocasión de su ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Francisco Javier Conde nos ha brindado una monografía sobre un tema cardinal. Pocas veces la investidura externa se acompaña de tan valiosa sustancia. Como don Luis Jordana de Pozas subraya en su contestación: "El discurso que acabáis de oír es una buena prueba del valor que otorga quien lo pronuncia al acto y a la entidad a que mediante ese discurso se incorpora... El hombre, animal político es probablemente... la obra más importante de las salidas de la pluma de nuestro ilustre compañero, y una de las más considerables de la Filosofía política contemporánea." Mirado el hecho desde otra perspectiva: recensión y discurso manifiestan la madurez de uno de los más finos, punzantes y profundos teorizadores actuales de la ciencia política.

La cima de una madurez se manifiesta incluso en las cualidades formales de la obra. El pensamiento moderno se acompaña, más que otro alguno, de un estilo, y comporta un modo de conceptuación y de dicción peculiares. En nuestro caso, Javier Conde logra que la palabra se desnude de toda retórica y, en una depuración progresiva, ofrezca sentidos semánticos insospechados. Lo anterior produce un peculiar efecto estético, pero no lo mencionaríamos si no fuera signo y cifra de una intención radical: desarrollar la dialéctica de un problema, sin velarla con detalles accidentales. El discurso es, así y a la par, escueto y rico. Lo mismo que sacrifica la retórica, prescinde de esa otra forma de pompa que es la erudición. Lo que queda es la realidad como problema, conquistada penosamente por muchos hombres pensantes y engarzada con otras múltiples realidades: un con-

(*) F. J. CONDE: *El hombre, animal político*. Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Contestación de don Luis Jordana de Pozas. Madrid, 1957, 97 págs.

junto con una suerte de colmada plenitud, en que, desarrolladas o aludidas, están todas las cuestiones claves, y, repensadas o contradichas, las posiciones cardinales. La brevedad cobra una especie de carácter cortante. Desde ella llaman, apelan, incitan, los grandes temas del pensar político. La política es siempre una ciencia práctica. La desnudez del concepto, lo apretado del estilo, la brevedad del conjunto, es la moderna expresión de un hecho antiguo: del carácter arquitectónico de esta rama del saber.

Todo ello da unidad al discurso y dificulta considerablemente un comentario adecuado de su contenido. No querría hacerlo, reservándolo a otra pluma más capacitada. Lo que sí desearía es cifrar un par de temas cardinales que corren a lo largo de la precisa prosa de esta obra, y que le dan su valor para todo hombre preocupado por las cuestiones claves del vivir político.

En primer lugar, la dignidad humana del hacer político. Sería disminuirla si supusiéramos, con algunos modernos, que el hacer político es ordenar mediante la razón, y que lo que no sea producto de ella no es orden. "Ha sido la gran tentación del racionalismo. Fué, desde luego, la idea del orden que subyace a la teoría y práctica del absolutismo." La idea en sí no es falsa, pero amputa la realidad humana e histórica del hacer político. De admitirla, había que considerar todos los tipos de orden políticos anteriores al Estado como "pre-políticos", incurriendo en un yerro parecido, nos dice el autor, al que los etnólogos cometen cuando consideran el hombre primitivo como "pre-lógico". No hay que limitar la humanidad a un período de su historia: a aquel en que un uso de la inteligencia, entendida como razón racionante, dió origen a la sociedad, a la ciencia, al Estado y, en general, al mundo moderno. La vida del hombre es, ante todo, vida. De aquí la segunda tentación: la de aplicar conceptos puramente biológicos al discurrir de esta vida, y degradar el hacer político como función de una estructura vital que despliega sus virtualidades en el tiempo. No está muy lejos el intento, ni vencido plenamente el peligro. En ellos late el último eco, desencantado, de una idea de "physis", arraigada en hondos extractos del pensar occidental. El hacer político es considerado como agente dinámico de la naturaleza y de la vida natural. Nuevamente nos topamos aquí con una degradación de lo

humano. Ni historia ni política "se pueden montar sobre la idea de evolución, ni pueden ser reducidas a una especie de sociología dinámica". La vida del hombre no se le da hecha, tiene que hacerla. "No es que el hombre vaya haciendo su ser, sino el cómo ser efectivamente hombre." Ahora ya podemos, entre los dos peligros, dibujar nuestra ruta. Este empeño de ser efectivamente hombre es vivir desde la inteligencia, entendida como órgano de realidad, que se despliega en todas las mentalidades históricas, y del cual sólo es un modo la razón. Vivir desde la inteligencia es desentrañar las realidades, en su conexión sintáctica, tanto la sintaxis humana de la convivencia, como la de las cosas que ofrecen sus recursos e instancias al vivir y convivir de los hombres. Vivir desde la inteligencia sintiente es tener que conquistar una realidad huidiza y problemática mediante "ideas". Estas ideas comprenden tanto las cosas como la convivencia humana y sus órdenes propios. La vida del hombre es vida desde ideas de orden, forjadas y conquistadas por una actividad unitaria. Ahora podemos acumular las consecuencias. No se puede convivir sin una idea de la convivencia. Los hombres de una sociedad forjan proyectos, dentro del ámbito de una idea de perfección de la convivencia. O sea, el hombre y el convivir humano siempre están envueltos en una idea de la perfección. Si llamamos a esto idea política, veremos que es una idea de perfección, desde la que el hombre resuelve las distintas situaciones de la vida, y que se desgaja exigítivamente de todo convivir. Llegamos así a uno de los lemas claves del discurso: el hombre no sólo es político, tiene que serlo. Pero no vayamos a formalizar demasiado nuestro hallazgo. Hemos visto el hacer político unido, radical e inexorablemente, a la faena de ser hombre desde una idea de perfección de sí y de los otros, de la realidad en cuanto tal. Pero erraríamos si nos limitáramos a constatar el carácter formal de la faena humana, y no la viéramos como una constante subyacente en todo su decurso histórico. En toda sociedad concreta hay una idea de perfección. Pero hay muchas sociedades. A lo largo de la historia, los sistemas de posibilidades sociales son plurales. La idea del orden político es incierta, variable, plural y desarrollable. La política es así, por humana, tarea de perfección histórica; y por humana e histórica, abraza una lenta y continua conquista de realidad.

Nos encontramos instalados en el punto justo para dos faenas cardinales y, en último término, unitarias. De un lado, determinar la dinámica fundamental de esta idea de perfección en el convivir humano, o sea lo que le permite "apoderarse" de los hombres: la teoría del poder configurante. De otro, la tipología humana de las formas de configuración. Las faenas son unitarias, porque no podemos desarrollar una sin que subyazca la otra. De hecho, en esta parte del discurso se contiene una de las caracterizaciones más apretadas y precisas de la forma de configuración y apoderamiento que ha sido el Estado moderno. Pero dejemos de lado esto último, porque lo que nos importa ahora es llamar la atención del curioso lector sobre la teoría del poder contenida en el discurso que comentamos.

Nuevamente aquí, con un sentido fecundo y modernísimo, se rechazan las especializaciones y formalizaciones que deshumanizan tal noción. "La idea del poder es una de las instituciones radicales y espontáneas del hombre." Lo es, por esencia. El reverso del modo primario e irreductible de sentir la realidad como poder es sentir el poder como realidad. La experiencia del trato con las cosas no sólo es experiencia de lo que es tener realidad y de lo que es tener realmente poder, sino de que hay realidades que tienen o no tienen poder. La historia de las religiones nos ilustra sobre este punto. En ella encuentra certamente Conde "la inevitable zona profunda y oscura que está a la raíz de toda experiencia política. La historia de las religiones es una espléndida cantera para estas investigaciones de fondo y, además, una saludable lección de humildad y de alerta frente al grave exceso que se comete cuando se reduce la historia a un uso de la razón en vez de a un uso de la inteligencia". Nuevamente humanismo integral, y, con él, generosa apertura a todo cuanto pueden aportar a la ciencia política disciplinas modernas y afines. Inscrito en este horizonte, se perfila el poder del hombre sobre el hombre. La comprensión de él atraviesa dos fases aberrantes que Conde especifica, y que aquí sólo señalaremos: sustantivarlo y disolverlo en un sistema de relaciones. En contra de ello vamos al humanísimo origen del poder político. El sujeto inmediato de las acciones políticas es el hombre, el hombre individual. Las acciones sociales son ejecutadas por hombres concretos con hábitud o hábitos sociales. De aquí

la bella teoría del cuerpo social que expone Javier Conde. La *habitud de obrar en reciprocidad, la habitud de reciprocitar, hace que los hombres formen un "cuerpo" con los demás. Los hombres con los que convivo forman "cuerpo" conmigo. Ellos me ofrecen el sistema de posibilidades sociales para hacer mi vida. La "incorporación" es real, pero no tiene realidad sustantiva. Por virtud de esa incorporación la acción de un hombre concreto que como tal es siempre una acción propia de este hombre, revierte en los que con él forman cuerpo. Se constituye así un sistema concreto de posibilidades reales. Desde él emerge y a él revierte el poder social. El poder social es, por lo pronto, potenciación en el sentido de possibilitación. Lo que queda potenciado, acrecido cuantitativa y cualitativamente es la vida de cada uno. De ello resulta el sistema concreto de posibilidades sociales que recibo de los demás hombres con los que estoy en sociedad. Este sistema de posibilidades emerge como una realidad efectiva, pero no es sustantiva ni absoluta. El poder social, resultante de la convivencia, se sostiene en ella, tiene que estar realizándose continuamente, es activo y flúido. Su permanencia no la obtiene con independencia de sus sujetos, sino en ellos, apoderándose de los mismos: creando una habitud, modulándolos. De aquí resultan dos consecuencias. Como habitud, como modo de unidad, es susceptible de organización. La organización moviliza el poder social para la realización de la idea de perfección del conjunto. El poder que el cuerpo social da a la idea de perfección del orden es lo que en sentido primario llamamos poder político.*

Las posibilidades reales de una sociedad son una "fuerza" disponible, capaz de organización. El titular de este poder sólo lo es en cuanto sus decisiones afectan a todos los que forman cuerpo con él: al cuerpo social constituido, por su virtud, en cuerpo político. La realidad de este cuerpo se presenta, o representa, por los titulares del poder, que en cuanto realizadores del orden son "representantes". Su dominación para hacer política tiene que ser irresistible. Su último sentido o justificación es que siendo resultado o producto de los hombres, se apodera de ellos, les da habitud y les confiere posibilidades reales. Es un bien o un mal. Sirve al bien o mal común de los que forman cuerpo dándoles virtud o vicio. Es así como este bello trabajo

puede llegar a una conclusión rigurosa y casi dramática. A una seria admonición: "Rehacer un orden político no es un puro problema de teoría política, de psicología social o de simple docencia. Es algo mucho más profundo y difícil: una configuración real de la habitud política. Hacer que para felicidad o infelicidad del hombre esa habitud política tome figura de virtud o de vicio."

Terminemos aquí. En el discurso que comentamos se ha logrado, precisa, escueta y arriesgadamente, una monografía política de muchos quilates. A la hora de juzgar finalmente tan excelente trabajo quizá fuera deseable que se ampliaran y desarrollaran sus líneas dialécticas para hacerlo más fecundo respecto a una construcción política concreta. Lo que aquí es filosofía política debe llegar a ser teoría política positiva. Sabemos que este esqueleto analítico de traza tan apretada contiene en sí, incoado, un conjunto sintético, que aspira a expresión. Deseamos que ésta se logre. Lo deseamos para que el magisterio de nuestro autor opere a lo ancho y a lo largo de la ciencia política contemporánea.

ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA